

mal estado cuando Tirso de Molina tuvo que nombrarla en los versos de una de sus comedias, cuando decía:

«Como Madrid está sin cerca,
a todos gustos da entrada;
nombres hay, de Puerta Cerrada,
mas pásala quien se acerca.»

Este cuarto y último recinto de Madrid, que ya no merecía el nombre de muralla debido a su pobre construcción, y que en trozos ha llegado hasta los últimos años del pasado siglo (todavía hoy se ven algunos de sus restos en la Ronda de Segovia), podemos reconstruirla imaginariamente partiendo de la puerta de Alcalá, de donde corría cercando las huertas del paseo de Recoletos hasta la puerta de su nombre (poco más o menos en la plaza de Colón); continuaba a la plaza de Santa Bárbara, con su portillo, seguía —por los que hasta hace muy poco eran bulevares del paseo de Sagasta— a la puerta llamada «de los pozos de nieve» (plaza de Bilbao), y de aquí a la de Fuencarral, para dirigirse hacia el Oeste hasta el Cuartel de Conde-Duque, donde estaba un portillo, y por la montaña del Príncipe Pío bajaba a la Florida y puerta de San Vicente; después, pasando por Bajo de las Reales Caballerizas, llegaba al puente de Segovia y puerta de su nombre, y de aquí subía la cerca por las Vistillas, hasta el convento de San Francisco, para continuar a la antigua puerta de Toledo, que estaba algo más arriba que la actual. Venía luego la tapia al portillo de Embajadores, Ronda de Valencia, a salir a la puerta de Atocha, y dando la vuelta por el Retiro terminaba en la puerta de Alcalá.

Las puertas de Madrid

DOS eran las puertas que tenía el casi mítico recinto del primitivo Madrid, de aquella «Mantua Carpetana», que unos quisieron hacer urbe romana y aun griega; pero sea lo que fuere respecto a su más o menos remota ascendencia, lo cierto es que sus primeras murallas se abrían con dos arcos cuyos nombres eran los de Santa María y de la Vega. El primero correspondía a la puerta de la cual no se conserva su nombre antiguo, que miraba a Oriente y estaba situada en la plazuela donde se hallaba la iglesia de Santa María de la Almudena, frente a la embocadura de la calle del Factor. Esta puerta, que al ensancharse Madrid en su segundo recinto, quedó dentro de la población, fue derribada en 1569 en ocasión de la entrada de Ana de Austria, cuarta mujer de Felipe II, para ensanchar el paso. El maestro López de Hoyos dice que era una «torre caballero fortísima», de pedernal, y estaba tan fuertemente cimentada que con grandísima dificultad muchos obreros no podían desencajar la cantería, lo que daba a entender su antigüedad.

La otra puerta de este recinto era la de la Vega, que, como su nombre indica, daba acceso y miraba hacia la del Manzanares. Este arco duró hasta el siglo XVII, y su entrada era angosta y estaba debajo de una fuerte torre



caballero (torre dominante). Encima de estas puertas —que según cuenta Mesonero Romanos, estaban guarnecidas «por una grande hoja de hierro y muy fuerte clavazón»— y en el punto del arco, se hallaba oculta una gran pesa de hierro, que en tiempos de guerra dejaban caer, haciendo sobre los que trataban de franquearla «mil menuzos».

En el segundo recinto estaban las puertas de Balnadú, Guadalajara, Cerrada y de Moros, además de la ya descrita de la Vega, que se incluyó en él.

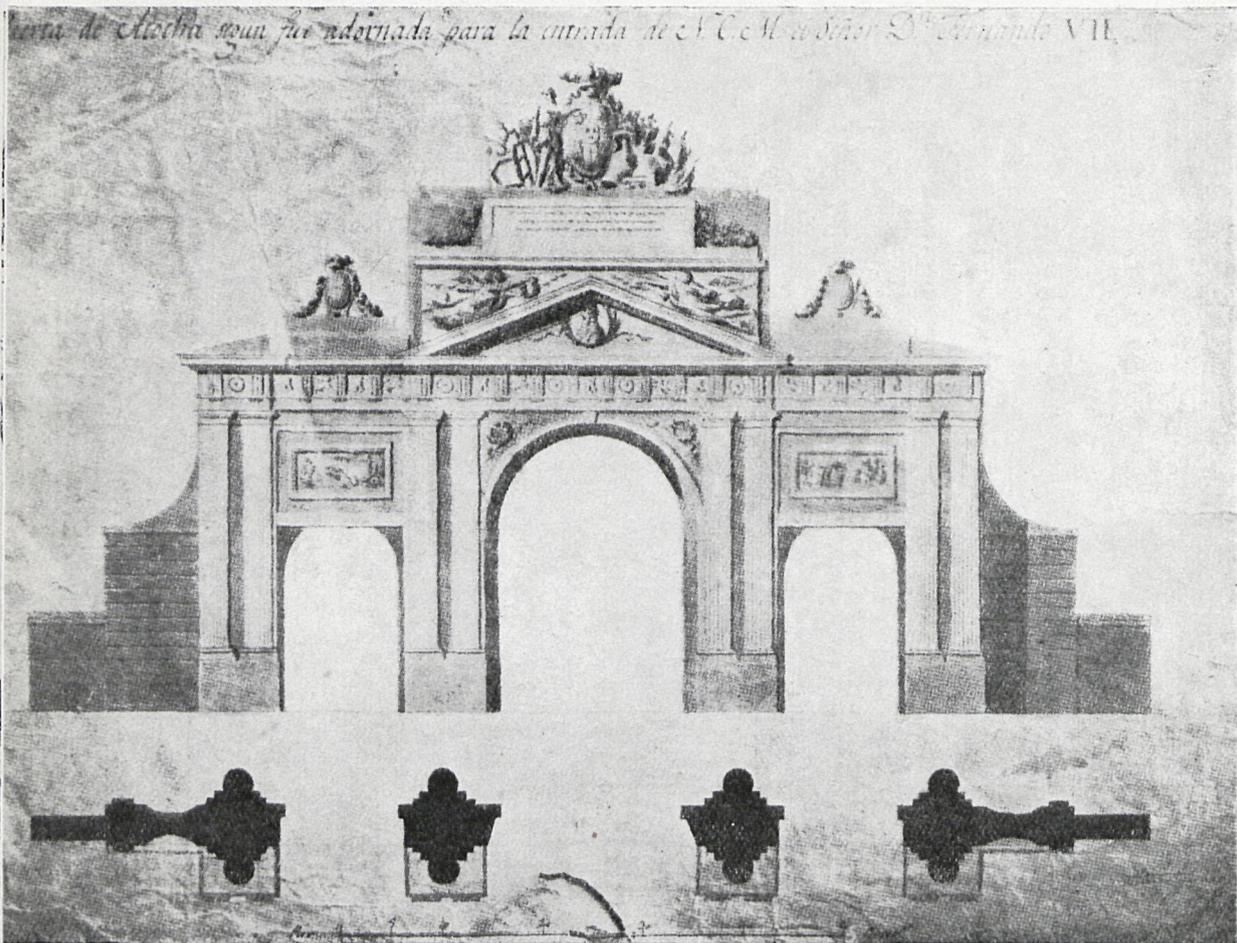
La puerta de Balnadú se hallaba mirando al Norte, junto a la Casa de la Moneda, cerca del Alcázar, y se entraba en ella, como en la mayoría de las construídas por los moros, con revueltas y estrechos pasos. Sobre el ori-

gen de su nombre se desataron en toda época las fantasías, habiendo quien se lo achacaba a un moro que la tuvo a su cargo y de quien recibió el nombre; otros opinaron que provenía de la contracción de las palabras árabes «bal al nadur», que significa «puerta de las atalayas», y también hubo quien, como el cronista de la Villa y Corte, Jerónimo Quintana, que, con su manía por todo lo romano, se decidió por derivarlo del latín «balneaduo», que sería lo mismo que decir «puerta de los baños». Aunque Mesonero opina que esta puerta desapareció con la segunda ampliación de Madrid, realizada por Alfonso VI, no fue así, pues en tiempo del cardenal Cisneros todavía se la cita en los documentos.

La puerta de Guadalajara fue la reina de las entradas de

Pedro Teixeira Albernaz,
cosmógrafo portugués, dibujó
por orden de Felipe IV, en
1656, este plano de Madrid.

Madrid. Por ella entraba y salía toda persona importante, y en ella tenían lugar todos los acontecimientos del Madrid medieval. Sobre sus piedras tremoló por primera vez el estandarte de Castilla el día que la tomó Alfonso VI, y a su pie alzaron pendones los madrileños por la princesa doña Juana a la muerte de su madre la Reina Católica. El erudito Clemencín refiere que «en tiempos antiguos la puerta de Guadalajara era el sitio donde concurría la gente ociosa, y el mentidero de Madrid», que luego se trasladó, al desaparecer aquélla, a las gradas de San Fe-



Para ir desde los Atochares hasta la Villa, la Puerta de Atocha era el paso obligado, que, en ocasiones solemnes, se adornaba como demuestra el grabado que aquí reproducimos. Gracias al acontecimiento de la entrada de Fernando VII conservamos esta estampa, que, al igual que los anteriores grabados, hemos sacado de «Historia y Estampas de la Villa de Madrid», de Federico Carlos Sáinz de Robles.

lipe el Real. Los cronistas se desataron en elogios sobre la misma; y el maestro López de Hoyos —que alcanzó a ver y que todo lo que tenía de corto en letras lo tenía de largo en imaginación— cuenta y no acaba de ella. Resumiendo sus elogios, diremos que la entrada, más bien pequeña, estaba flanqueada por dos torres fortísimas unidas por un arco en el cual se hallaba una «hermosa y rica capilla», con la imagen de Nuestra Señora con su hijo en brazos. Había, además, por encima de esta capilla, una figura del Angel de la Guarda, y, a su lado, un modelo de Madrid en relieve. Coronando todo esto subían tres torres, y de la de en medio pendía un reloj, que tenía una maravillosa campana que se oía «a más de tres leguas». En los huecos de las torres había cuatro figuras de colosos de gran altura. De esta descripción puede colegirse que la puerta de Guadalajara era una construcción monumental, de la que Quintana, cómo no, supone que debía ser «obra de romanos». Es lástima que no haya quedado, tan siquiera, un solo dibujo de su traza. Estaba situada en la calle Mayor, mirando a Oriente, entre la calle de Milanese y la plaza de San Miguel. Su fin fue desgraciado, pues en el año 1580, el corregidor Gaitán de Ayala ordenó que se pusieran luminarias en ella para celebrar la anexión de Portugal, y tantas se colocaron que se incendió, estropeándose en gran parte, siendo causa de que la derribasen; pero nosotros pensamos que puerta de construcción tan sólida no sufriría mucho por el incendio, y que más bien éste sería el pretexto para quitar el obstáculo que entorpecía el tránsito por calle tan principal y concurrida como ya lo era entonces la calle Mayor.

La puerta Cerrada también era de construcción sólida,

y estaba situada en la plazuela que hoy lleva su nombre, entre la Cava de San Miguel y la Cava Baja de San Francisco. Miraba hacia el Sudoeste, y su entrada era angosta, derecha al principio, hacia su mitad formaba un ángulo recto, y luego otro para salir, de modo que ni los de dentro podían ver a los de fuera, ni éstos a los otros. Tan original disposición fue causa de que la gente facinerosa la tomase por lugar de sus hazañas, «robando y capeando», como dice Quintana en su «Historia de la antigüedad, nobleza y grandeza de la Villa de Madrid». Todo ello fue motivo para que durante algún tiempo estuviese cerrada, de aquí su nombre, hasta que en 1569 fue derribada. Tenía esta puerta esculpida en su frontis una culebra, lo que dió tema a que tanto se fantasease sobre su fundación y origen.

La más meridional de las puertas de Madrid era la llamada de Moros, seguramente por la proximidad al barrio que ellos habitaban, en el que todavía se conserva el nombre de la calle de la Morería. Servía para la comunicación con Toledo; miraba al Mediodía y estaba contigua a la iglesia de San Andrés. Era sumamente estrecha, con varias revueltas, disposición típica de las construídas por los musulmanes.

Y estas fueron las puertas de Madrid, ornato de sus murallas, testimonios fenecidos de la antigua grandeza de la que empezó siendo modesta villa para luego ser Corte hasta nuestros días, y hoy merece, más que nunca, los versos del madrileño sin par, el gran Lope de Vega, cuando dijo:

«Es cifra Madrid
de todo lo mejor que tiene España...»

RICARDO PIELTAIN

Pequeñas nostalgias de un Madrid chico

UN mundo de nostalgias envuelve a la ciudad del uno al otro de sus confines urbanos. Es una lluvia mansa de años la que nos ha cambiado de las calles a los portales, que, a veces, hasta tienen hoy cuadros abstractos y un mostrador de hotel de lujo; es un correr de días la que nos evoca en una esquina o en una placita la orquesta de los ciegos.

Madrid es una ciudad musical hoy en día, pero ya no hay por las calles aquellas orquestas de los ciegos. El del violón que llevaban entre dos y los dos violines. La orquesta era de cuerda y a veces iba con ellos una mujer, que era la que cantaba el tango de moda, el chotis, y que a la vez pasaba el platillo en el corro mientras vendía las coplas.

En el plato resonaban las negras perras gordas de cobre y también caían desde los balcones sobre los adoquines. Rara vez, muy rara, una peseta con el retrato del niño Rey. Llavaba la mujer unos papeles azules y colorados, verdes: eran los cantables. Los cantables de «Ramona» o del «Adiós, muchachos», que, como nuevos Spaventas o Fugazot, cantaban aquéllos.

De los talleres de modistas salían las chicas a oír la música y también de algunas calles con fama, no buena, claro está, salían otras chicas envueltas en chillonas batas a escuchar las melodías. Allí echaban perras; éstas, más generosas o más ricas, pesetas, y alguna sentimental se volvía loca y les enviaba un duro, un amadeo por los aires que luego hasta tintineaba en el asfalto.

Pero un día las orquestas se las tragó la tierra y en las calles ya no hubo música; si acaso, la desgranada por un piano de la última estudiante romántica o una pianola desde un bar; si acaso—mejor será decir sin

él—, la de una radio de lámparas (la galena acababa de morir con un sonar bronco y hasta aguardentoso), que aún la técnica o la brujería no había dado aquellos aparatos de altavoz sus finas y sonoras calidades presentes.

Andan todavía por ellas o por los recuerdos los fotógrafos de la alta cámara, aquéllos que, como el mismo Franzen a sus más pequeños y aristocráticos clientes, les decían a los pequeños que la «tata» o la abuela llevaban hasta el Retiro: «quieto, que va a salir un pajarito»; pero no andan ya las chicas del servicio con mantón alfombrao.

Llevaban moño y mantón; eran ellas solas, las que ganaban de veinte a treinta reales al mes, las que usaban aquel tocado y tal prenda. Y, naturalmente, en aquel tiempo eran, eso sí, tan bonitas—más no—que las doncellas o las cocineras de hoy, con modelos a veces de Balenciaga, regalados por una ama rica, y, si no, con un gusto que da a ellas un aire y un donaire difícil de resumir en un párrafo.

También ellas desaparecieron del mapa urbano de la Villa del Oso y el Madroño como desapareciera aquel vendedor de berlingotes en la calle de Alcalá, esquina a la del Barquillo, y que provocaba igual las rabetas infantiles que las calmaba. Por ellos, por un cucurucho de los verdes de menta o los blancos de anís, pocos serán los madrileños que no hayamos dado la lata para entrar en posesión de un cartucho, que valía «diezito». Aquellos berlingots que el buen hombre hacía sin trampa ni cartón con sus jarabes mágicos de vivos colores a la vista del público.

No voy a meter en este capítulo de las nostalgias pequeñas, que sería un tanto atrevimiento, a unos seres deliciosos corriendo infatigablemente, con promesa de paraísos, por esta o aquella calle; pero sí, como curiosa cosa, a los mozos de cuerda. Los mozos de cuerda, que, como los «simones», tenían esquina fija con aquélla y un rodete para descansar sobre la cabeza el baúl de la chica del mantón o el del estudiante con unas mudas de ropa y unos textos, ya de Anatomía o de Derecho Civil.

Son tantas y tantas las cosas pequeñas de un Madrid chico que se fueron para no volver, tantas son que más vale dejar aquí su recuerdo sentimental, pero no entristecido.

JUAN SAMPELAYO



El Ministro del Aire, acompañado por el Teniente General González Gallarza y del Presidente de la Diputación, se dirige al monolito ante el cual, como se advierte en las otras dos fotos, pronunció un vibrante discurso en honor de los gloriosos Caídos del Ejército del Aire y del Comandante García Morato

ANTE EL MONOLITO QUE RECUERDA LA MUERTE DEL HEROE DEL JARAMA

A las cinco y veinte de la tarde, el Ministro del Aire, Teniente General Lacalle Larraga, llegó en un helicóptero a Griñón para presidir el acto de homenaje a los Caídos del Ejército del Aire y, concretamente, a la escuadra de García Morato. El Ministro pasó revista a una compañía que le rindió honores, con escuadra de gas-

tadores, bandera, banda de música y banda de cornetas y tambores. Ante el monolito que evoca la figura heroica de García Morato y el lugar exacto donde, en acto de servicio, sufrió el accidente mortal, se encontraban noventa y seis miembros de los tres grupos de la escuadra de Morato. Entre ellos, los hoy generales Cuadra, Salas,

Salvador y Guerrero. También se hallaba presente el teniente General González Gallarza, así como generales y jefes del Ejército del Aire. Junto al Ministro, se situaron en la presidencia del emotivo acto, el Presidente de la Diputación Provincial, Marqués de la Valdavia, el Vicepresidente D. Eugenio Lostau Román, el diputado provincial y

HOMENAJE EN GRIÑÓN A LA ESCUADRA DE GARCIA MORATO

El emocionante acto fué presidido por el Teniente General Lacalle, Ministro del Aire
Brillante intervención del Marqués de la Valdavia